

# Saki ha vuelto

GALIA OZ

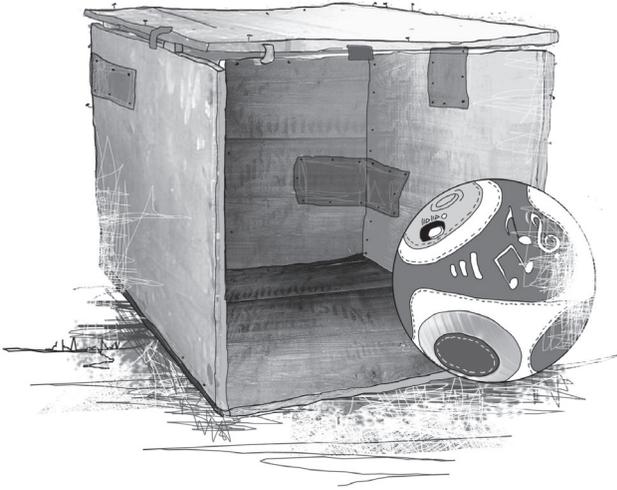
Traducción del hebreo de  
Roser Lluch i Oms

Ilustraciones de Tamar Nahir-Yanai

 Siruela

Las Tres Edades

A Amit,  
que también entiende de literatura infantil.



Esta vez no he sido yo. Yo no quería nada, nada de nada, no quería ganar, ni impedir que otro lo hiciera ni pelearme con nadie. Solamente quería construir un juguete en la clase de manualidades para regalárselo a mis hermanos gemelos, Yanai y Yoguev, a los que, para abreviar, les llamamos Yoyo.

Y además era un juguete inteligente, un cubo de madera con una pelota musical dentro; «inteligente» porque cada vez que el cubo

se movía, se oía una música estridente y tonta. Pero siempre se me desmontaba, tanto si lo había pegado con cola plástica como con pegamento de contacto.

Esta vez no ha sido por mi culpa. Tal vez ha pasado porque Efi y yo tenemos la misma mochila y por eso me he hecho un lío, y después Efi se ha enfadado conmigo. O tal vez ha sido porque en nuestra escuela hay una directora nueva que se llama Aurora Celeste, y con ella todo va a cambiar porque Aurora Celeste ha decidido que es posible hacernos cambiar y que seamos buenos, y cada vez que dos niños están a punto de pegarse nos reúne a todos en el patio y nos explica que eso no está bien, y además aprovecha la ocasión para ver quién no lleva el uniforme.

La semana pasada llevó a cabo una gran ceremonia disciplinaria, porque Dotán le había puesto la zancadilla a Efi, ella se había caído y se había dado un golpe en la rodilla, una lástima, porque al cabo de unos días se iba a disputar una carrera entre varias escuelas y nosotros queríamos mandar a Efi porque es quien corre más rápido, incluso alcanza a los niños, y esta vez es muy importante que participe y que gane

a Dor Duani, de la escuela Oranim, pues Dor Duani había dicho que los pies de Efi corrían rápido pero que su cabeza era lenta. Y ahora Efi va con la rodilla vendada y no parece tener ninguna posibilidad frente a Dor Duani, y Aurora, la directora, nos dijo que aprendiéramos de lo que le había sucedido a Efi y que cada mañana, al levantarnos, hiciéramos algo bueno, así de simple: levantarnos pensando en algo bueno que hacer en vez de liarnos a golpes.

Precisamente Dotán, por culpa del cual se habían inventado estos discursos, andaba por ahí sin que nadie le viera, con las manos en los bolsillos y diciendo en voz alta «Pito, pito, colorito, ¿dónde vas tú tan bonito? A la acera verdadera, pim-pam, fuera» para no oír nada de lo que decía la directora. Aquello se le había metido en la cabeza porque en las últimas semanas los de primero no paraban de repetir «Pito, pito, colorito», desde que un niño lo había aprendido de su padre, el cual le había dicho que hacía cien años se cantaba en las excursiones de la escuela.

Dotán siempre pega, molesta y causa problemas, pero esta vez yo entendía por qué decía «Pito, pito, colorito» mientras la directora

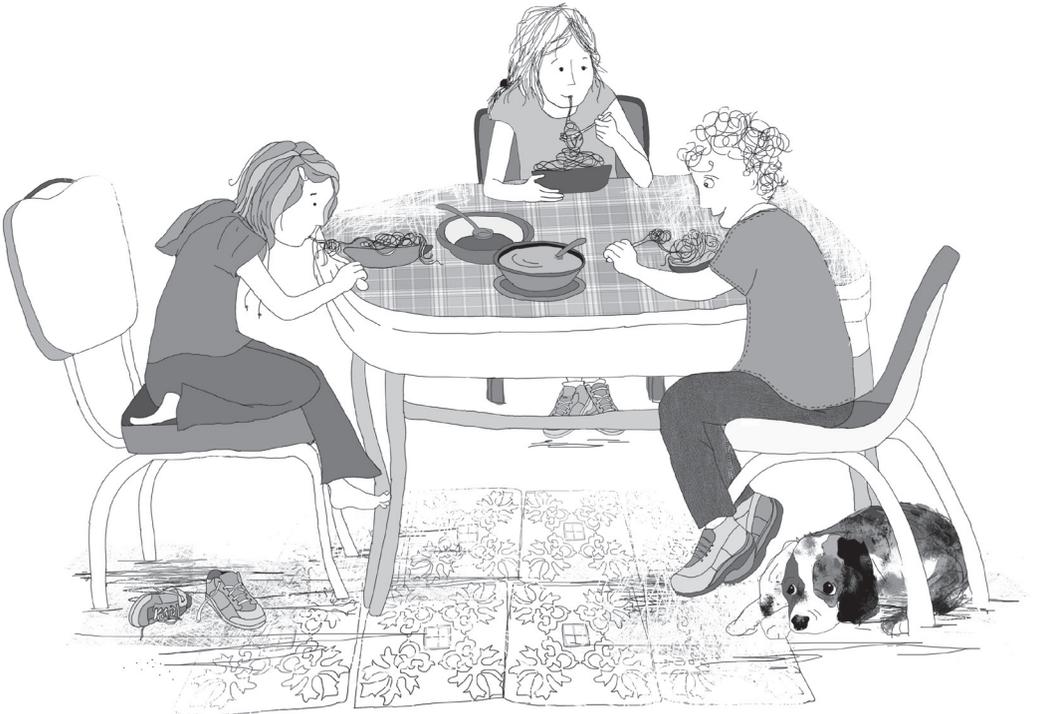
hablaba. Ella había decidido hacer de él un niño bueno y él temía que la directora lo consiguiera.

Al mediodía los tres fuimos a almorzar a mi casa: Ofek, Efi y yo. Efi es mi prima y vive delante de mi casa, y Ofek vive en el piso que hay encima del mío, y a veces vienen a mi casa a comer espagueti. Mamá miró la pierna de Efi y le dijo que no renunciara a la carrera, que se entrenara cada día y que al final todo iría bien.

Después nos dijo que tuviéramos cuidado con Saki, porque siempre hacía lo mismo cuando estaba a punto de atacar. Saki estaba tumbada en el suelo, debajo de la silla de Ofek y medio dormida. Efi la miró con los ojos muy abiertos y sin pestañear, pues entre una carrera y otra casi siempre estaba en las nubes. Todavía no había aprendido que no hay que hacer caso a mi madre...

–No comprendo cómo podéis tener un animal que da miedo –dijo Ofek muy serio, porque Ofek es malo, principalmente con lo que dice, y él entendía las bromas de mamá.

–En serio, Yuli –me dijo mamá–, a ver si controlas a tu perra salvaje. ¿Crees que esto es una jungla?



Saki se recostó del otro lado y siguió durmiendo.

–Pero si no hace nada –dijo Efi. Al inclinarse un poco para mirar a Saki, se le metió el cabello en la sopa y ni se dio cuenta. Como siempre, Efi Nubesi.

Después de almorzar fuimos a jugar detrás de la casa, Saki vino con nosotros, y yo les mostré a Efi y a Ofek cómo se la podía acariciar para que pareciera una princesa africana bellísima con el pelo recogido, y entonces Ofek tuvo la idea de cómo hacer que Efi se pusiera en forma, lo único que hacía falta era que Saki colaborara.

¿Alguna vez habéis visto una carrera entre una perra y una niña? Es verdad, Efi es la que corre más rápido de la clase, alcanza a todos los niños, pero Saki corre como una princesa, y eso es mejor. Ofek le dijo a Saki que, si era inteligente y se aprovechaba de la herida de Efi, ganaría, pero Saki no le hizo caso. Cuando empezó la carrera se detuvo a oler un viejo neumático dentro del cual habían crecido hierbas, y después se puso a ladrar a un gato que se había escondido debajo de un coche, y Efi ganó sin ninguna dificultad.

Ofek dijo que había que inventar otro sistema, y estuvimos pensando mucho rato hasta que decidimos que yo me quedaría de pie en la meta y llamaría a Saki, y que Ofek agarraría a Saki en la línea de salida para que no se moviera, y que entonces él diría «preparados, listos, ya» y la soltaría, y las dos empezarían a correr hacia donde yo estaba.

–Ven, pequeña –dije a Saki desde lejos mientras Ofek la mantenía agarrada–. Ven rápido.

–Rápido no es suficiente –dijo Ofek–. También tiene que saber hacia dónde correr.

Saki se retorció entre las manos de él, quería venir ya hacia mí, y Ofek dijo:

–Vale, ¿preparados?

Miré a Efi y vi que estaba ocupada haciéndose una pequeña trenza y que no se fijaba en nada más, y entonces comprendí que era nuestra oportunidad para ganarla, y rápidamente respondí:

–Preparados.

–¡Listos, ya! –dijo Ofek soltando a Saki, y Saki se puso a correr hacia mí como una niña buena, y consiguió hacer lo que ninguna niña de nuestro colegio ni siquiera había soñado, y ganó a Efi.

–No me había dado cuenta de que tenía que empezar a correr –dijo Efi, y yo sabía que era cierto, que la habría podido despertar de su estado somnoliento, pero no lo hice, porque ya era hora de que Efi perdiera una vez, no pasaba nada. Ella siempre ganaba. Ofek le explicó que se trataba de una carrera, no de una misión espacial, que no había ningún motivo para estar en las nubes, y yo, acariciando a Saki, me puse a cantar:

Aurora tiene una cana  
y Saki siempre gana...

–Pero Efi ha ganado la carrera anterior –dijo Ofek.

–Sí –dije–, pero la anterior no cuenta porque Saki ladraba a un gato.

–Vale –dijo Ofek–, pero Efi no tiene la culpa de que tu perra ladre a los gatos en lugar de correr.

–Y mi perra no tiene la culpa de que Efi se quede dormida de pie –dije.

Ofek y yo estábamos a punto de pelearnos, pero de pronto me di cuenta de que Efi y Saki se habían puesto a correr en círculos, que las



dos estaban encantadoras con sus cabellos revoloteándoles detrás de las orejas y con la tranquilidad en el rostro de quien no quiere ni necesita nada, como si aquella carrera fuera mejor que cualquier otra cosa.

«¡Qué bien!, pero no puede ser. Cuando alguien mira a dos corredores siempre quiere que gane uno de los dos», pensé.